

ORATORIA ROMANA

A.- CARACTERÍSTICAS DEL GÉNERO: ORATORIA Y RETÓRICA

El arte de utilizar la palabra en público con corrección y belleza, sirviéndose de ella para simultáneamente agrandar y persuadir, tuvo en Roma un uso temprano y prolongado. Favorecía su desarrollo el sistema político de la República basado en la consulta popular, y, de hecho, se mantuvo vivo y con fuerza mientras la constitución republicana subsistió; una vez que se imponen formas de gobierno basadas en el poder personal, la oratoria, falta del ambiente de libertad que necesita, languidece y se transforma en un puro ejercicio de retórica. En unas culturas como las clásicas eminentemente orales, la oratoria impregnaba gran parte de la vida pública y su valor era reconocido en los tribunales (discursos judiciales), en el foro (discursos políticos) y en algunas manifestaciones religiosas (elogios fúnebres). El pueblo romano, extraordinariamente aficionado a los discursos, sabía valorar y aplaudir a los oradores brillantes, e intervenía en las discusiones entre las distintas escuelas y tendencias.

La oratoria comienza a practicarse en época muy temprana; el primer discurso del que tenemos constancia es el pronunciado por Apio Claudio el Ciego (dictador en el 312 a.C.), con motivo de la guerra contra Pirro; sin embargo sólo comenzó a cultivarse como un arte en los años difíciles de las guerras púnicas. Durante estos primeros años la oratoria se desarrolla teniendo como elemento fundamental la improvisación delante de un auditorio, sólo bastante más tarde, cuando se obtiene conciencia de su valor literario, empiezan a fijarse por escrito.

Dejando a un lado su decisiva importancia en la vida política de Roma, el “arte del bien hablar” se convierte también en un instrumento educativo de primera magnitud y en la principal causa del desarrollo de la prosa latina, ya que pronto, a la actividad oratoria en el foro y en las asambleas, sucede la reflexión teórica sobre la misma, desarrollándose entonces una disciplina nueva en Roma, la retórica, que había surgido en Grecia en el siglo V a.C. como una sistematización de técnicas y procedimientos expositivos necesarios para el orador. Como en todas las manifestaciones culturales, en la evolución de la oratoria y, muy especialmente, de la retórica tiene una importancia decisiva la progresiva helenización de la vida romana a partir del siglo II a.C. Es éste un momento apasionante en la historia política y cultural de Roma, en el que, frente a los continuos éxitos en política exterior, comienzan a manifestarse en el interior de la ciudad los enfrentamientos y contradicciones que van a desembocar en las guerras civiles del último siglo de la República. Es la época de los Escipiones, de Catón y de los Gracos; por primera vez en un ambiente de libertad se enfrentan y se contrastan distintas maneras de entender el papel de Roma en el mundo, lo que estimula el desarrollo tanto de la elocuencia como de la retórica.

Las escuelas de retórica griegas encuentran en Roma un campo más amplio que en las ciudades helenísticas, puesto que sus enseñanzas se podían poner a prueba ante el público en el Senado o el foro, tratando no meros ejercicios escolásticos sino cuestiones de actualidad que apasionaban a la ciudad; por este motivo a mediados del siglo II a.C. son muchos los maestros de retórica que acuden a Roma desde Asia Menor. Sin embargo no se puede decir que este proceso de paulatina implantación de las escuelas de retórica se realizara sin oposición. Esta oposición al establecimiento de las escuelas de

retórica por parte de los más conservadores, que cristaliza en el decreto de expulsión de retores y filósofos en el 161 a.C., es un episodio más del enfrentamiento que durante este segundo siglo a.C. se vivió en Roma entre la facción conservadora, cuyo máximo representante fue Catón el Censor, y el grupo filohelénico que se reunía en torno a los Escipiones. Finalmente los estudios de retórica terminan imponiéndose y constituyendo, junto con la gramática, la base indispensable de la educación de los jóvenes de las familias acomodadas que, como preparación imprescindible para la vida política o el ejercicio de la abogacía, aprendían la "técnica oratoria".

La retórica convierte la práctica de la oratoria en un arte perfectamente reglado, cuyos principales principios son:

- Para la elaboración de buenos discursos es imprescindible el conocimiento de los distintos recursos oratorios que se estudian en las diferentes partes de la retórica:
 - *Inventio*: trata sobre el contenido de las ideas y de las argumentaciones.
 - *Ordo* o *dispositio*: estudia la disposición u ordenación de las ideas del discurso.
 - *Elocutio*: esta tercera parte de la retórica se refiere a la expresión lingüística del discurso; la elección y colocación de las palabras, el ritmo condicionado por estas; correcta utilización de las figuras retóricas.
 - *Memoria*: proponía pautas para memorizar cada cosa en el lugar apropiado.
 - *Pronuntiatio* o *declamatio*: desarrollaba técnicas para la declamación.
 - *Actio*: todo lo relacionado con el aspecto físico en el momento de pronunciar el discurso (gestos, tono de voz, etc.).

- El discurso como tal tiene también diversas partes:
 1. *Exordium*: introducción.
 2. *Narratio*: exposición del tema.
 3. *Argumentatio*:
 - *probatio*: aportación de argumentos,
 - *refutatio*: refutación de objeciones reales o posibles.
 4. *Peroratio*: conclusión destinada a ganarse a los jueces o al auditorio.

Cada una de estas partes exigía un método y una técnica adecuados para alcanzar la finalidad de todo discurso: instruir, agradar, conmover y convencer.

- Según la finalidad del discurso se distinguían tres géneros de elocuencia:
 - *genus laudativum*: era utilizado en los discursos pronunciados en ceremonias relacionadas con la religión (*laudationes funebres* y *elogia*).
 - *genus deliberativum*: era el propio de la oratoria política.
 - *genus iudiciale*: propio de los discursos de acusación y defensa ante los tribunales.

- También el estilo o tono de los discursos debía adecuarse a los distintos géneros de elocuencia, distinguiéndose también tres tipos de estilo o *genera dicendi*:
 - *Genus grande* (estilo elevado)
 - *Genus medio* (estilo medio)
 - *Genus tenue* (estilo elegante)

En el ámbito de la retórica se distinguen tres escuelas que proponen distintos modelos de elocuencia, tomados todos del mundo griego:

1. Escuela neo-ática: tenía como modelo el estilo de los escritores de la época clásica de Atenas. Propugnaba un tipo de oratoria espontánea, carente de artificio y de excesivos adornos; consideraba que la mejor elocuencia era la que lograba una más completa exposición de los hechos. Esta tendencia tuvo dos maestros C. Licinio Calvo (82/c. 47 a.C.) y M. Junio Bruto (85/42 a.C.).
2. Escuela asiánica: sigue el estilo de la oratoria griega que se desarrollaba en las ciudades de Asia. Se caracteriza por su tono brillante, exuberante y florido. El máximo representante de esta tendencia fue Hortensio (114-50 a.C.).
3. Escuela rodia: a partir del siglo II a.C. la isla de Rodas se convierte en el mayor centro de cultura del Mediterráneo oriental, destacando entre sus enseñanzas la de retórica. Proponía un estilo próximo al asianismo aunque más moderado. En Rodas se formó Cicerón.

Los dos últimos siglos de la República, y muy especialmente el primero de ellos en el que destaca la irrepetible figura de Cicerón, conocen un desarrollo extraordinario de la oratoria, que impregna todas las manifestaciones literarias y que conduce a la prosa latina a una perfección formal difícilmente superable. La notable preparación técnica de los oradores y las enseñanzas estilísticas de las escuelas de retórica no son ajenas a la musicalidad y claridad de la prosa clásica.

Con el agotamiento del sistema republicano y la llegada de augusto al poder, la práctica de la oratoria, privada de las condiciones políticas que la justificaban, desaparece. Las escuelas de retórica siguen manteniéndose con una finalidad educativa y conservando su influencia en la lengua y literatura latinas, pero la oratoria se convierte en pura declamación.

B.- DESARROLLO DE LA ORATORIA EN ROMA

El bagaje de discursos de que disponemos como testimonio directo de la elocuencia romana es muy escaso. Afortunadamente contamos con el caso excepcional de Cicerón. Cicerón es la oratoria romana. Sin él no sólo nos faltaría el material de sus discursos, sino también la doctrina básica, los fundamentos teóricos de la elocuencia y la mayor parte de las noticias sobre los oradores que le precedieron.

A) LA ORATORIA ANTES DE CICERÓN

1. Los primeros oradores

La oratoria romana anterior al siglo II a.C. nos es prácticamente desconocida, sólo la conocemos por escasos fragmentos y por referencias indirectas. Además del propio Cicerón, que en su tratado de retórica *Brutus* traza una completa historia de la elocuencia romana, tenemos también los escritos de Gelio, un erudito del siglo II d.C., que recopiló gran cantidad de material sobre obras de la antigüedad y que es una inestimable fuente de información.

Según Cicerón, el primer orador del que tenemos noticias es **Apio Claudio el Ciego**, político, militar, gramático y poeta. Gelio recoge un fragmento de un discurso de **P. Cornelio Escipión el Africano**.

Entre los siglos III y II a.C. vivieron los primeros oradores de los que nos queda algún testimonio de discursos realmente pronunciados. Se trata de discursos pertenecientes al género de las *laudationes funebres*, discursos que solían pronunciar en los funerales las personas más allegadas al difunto. Cicerón dice de ellos que falseaban la historia, acumulando sobre el difunto honores inexistentes o inmerecidos. Entre estos oradores destacan **Quintio Fabio Máximo**, **Quinto Cecilio Metelo** y **Lucio Emilio Paulo**.

2. La oratoria en el siglo II a.C.

En el siglo II a.C. se acrecientan los contactos romanos con Grecia, que se convertirá en provincia romana en el 146 a.C. En la primera mitad del siglo II a.C. se produce una avalancha de intelectuales griegos sobre Roma. Gracias a la influencia de estos intelectuales se consolidó la oratoria romana.

Paradójicamente, la oratoria romana de este siglo tiene sus principales representantes en dos figuras diametralmente opuestas en mentalidad y formación: Catón y Escipión Emiliano.

Marco Porcio Catón el Censor (234/149 a.C.), es el primero del que tenemos noticias concretas y algunos fragmentos. Nacionalista a ultranza y enemigo de todo lo griego, representa la “conciencia moral” de la sociedad de su tiempo. El eje de su oratoria es precisamente esa preocupación moral: fustiga constantemente la corrupción de las costumbres, el lujo de las mujeres, los despilfarros de los banquetes, la corrupción administrativa. Define al orador como “*vir bonus dicendi peritus*”. Se preocupa más del contenido que de la forma, aunque conoce las normas retóricas y las utiliza cuando lo cree conveniente. En los fragmentos conservados se observa la fuerza y la vivacidad de su prosa. Escribió más de 150 discursos; de aproximadamente 80 nos han llegado fragmentos.

En el extremo opuesto a la postura de Catón se sitúan los oradores pertenecientes al llamado Círculo de Escipión, como el propio **Escipión Emiliano** (185/129 a.C.) y **Lelio** (cónsul en el 140 a.C.). Estos autores representan la impregnación de la cultura romana por la griega. Ambos eran oradores brillantes y sobresalían sobre todo por su elevada cultura.

La oratoria de Escipión es fina, elegante, señorial, destacando, entre los fragmentos conservados, los de tono moralizante.

Íntimo amigo de Escipión fue Cayo Lelio, al que Cicerón considera superior en elocuencia a Escipión. Contemporáneo de ellos es Sulpicio Galba, el mejor orador de su tiempo, según Cicerón. Gran orador fue también Metelo Macedónico, uno de cuyos discursos fue leído públicamente por Augusto más de un siglo después para apoyar su ley sobre la obligación de casarse y tener hijos.

Más jóvenes son los hermanos **Tiberio** y **Cayo Graco**, oradores vibrantes, de formación griega y de tendencias asiáticas. Fueron famosos sus discursos en defensa de reformas sociales y de los derechos del pueblo. Tiberio se distinguía por una elocuencia mesurada y una dialéctica cuidada; su hermano Cayo por el contrario usaba una oratoria encendida, capaz de enardecer a la multitud; Cicerón afirma que superaba a todos los oradores de su tiempo en vehemencia oratoria.

De finales de siglo son **Marco Antonio** (143/87 a. de C.) y **Licinio Craso** (140/91 a.C.). Marco Antonio estudió en Atenas y en Rodas; en sus discursos buscaba ante todo emocionar y conmover. Licinio Craso sabía utilizar, según los casos, la gravedad y el patetismo o la ironía y la chanza.

B) CICERÓN Y SU ENTORNO

Los problemas sociales y políticos, surgidos en tiempos de los Graco, van a acentuarse progresivamente en el siglo I a.C., hasta culminar con la desaparición de la República. Estos problemas, con el enfrentamiento de los partidos y el papel cada vez más preponderante del pueblo, determinaron un fuerte desarrollo de la elocuencia. Por otro lado, el desarrollo de la poesía y el progreso de la retórica hacen brotar en el campo de la elocuencia la consideración de que un discurso es una obra de arte y merece ser escrito con sujeción a las reglas del género y publicado como cualquier obra literaria.

Hortensio Hórtalo, sólo ocho años mayor que Cicerón, fue la máxima estrella del foro romano hasta que fue eclipsado por Cicerón, su principal rival en los tribunales. Hortensio representa el momento culminante del asianismo romano. Por último, Cicerón se refiere frecuentemente al historiador y político **Julio César** como el más ingenioso y dialéctico de los oradores romanos.

Conservamos también de los primeros años del siglo I a.C. un tratado de retórica anónimo, conocido por el nombre de la persona a quien está dirigida como *Rhetorica ad Herennium* (entre el 86 y el 82 a.C.). Es una obra bastante compleja y consta de cuatro libros en los que se desarrollan, con mayor o menor amplitud, las partes de la enseñanza retórica (*inventio*, *elocutio*, *dispositio*, *memoria* y *pronuntiatio*). Esta obra sigue las enseñanzas de la escuela Rodia y difunde sus principios.

1. Cicerón: La prosa latina elevada al clasicismo

1.1. Datos biográficos y perfil humano

Marco tulio Cicerón (106-43 a.C.) es una de las figuras señeras de la literatura latina, de tal modo, que muchos estudiosos de la literatura le consideran digno de dar nombre a la época.

En la personalidad de Cicerón confluyen la cantidad de aspectos y matices que lo convierten en una figura controvertida y desigualmente valorada, pero ciertamente irrepetible. Hombre de acción, pero simultáneamente hombre de reflexión, tiene que ser estudiado como estadista, orador, estudioso de

retórica, filósofo, en suma, sabio. Fue ante todo un hombre de cultura; inició una nueva etapa, intentando superar los antagonismos entre lo griego y lo romano que habían dividido a los hombres de las letras de la centuria anterior. Buen conocedor y admirador de la cultura griega, pero profundamente romano en sus sentimientos, recoge las ideas del helenismo y las adapta y adecua a la tradición romana.

Cicerón aúna lo mejor del asianismo y del aticismo. Su genio oratorio forma él solo una escuela. Su expresión es ornamental o desnuda, ajustándose a lo que exijan las circunstancias.

Nació en Arpino, una pequeña ciudad del Lacio meridional, en el año 106 a.C. Perteneció a una familia de agricultores, de buena situación económica y conocida aunque no patricia. Este origen provinciano, campesino y no patricio de Cicerón explican algunos rasgos de su personalidad. El primero de ellos es su conservadurismo en cuestiones de tradiciones y del respeto a las costumbres ancestrales (*mos maiorum*), que era mucho más vivo en las ciudades campesinas italianas que en Roma. En segundo lugar, en su carrera política, no teniendo ningún antepasado que hubiera desempeñado magistraturas superiores, Cicerón debió vencer la resistencia que la nobleza romana ponía al desempeño de las máximas magistraturas por alguien ajeno a ella; siendo un “homo novus” (“a me ortus et per me nixus ascendi”), recorrió todas las magistraturas del “cursus honorum”, llegando a desempeñar el consulado y ganándose así el derecho a pertenecer al Senado de Roma. En un gran número de sus discursos se refiere a este hecho, manifestando su legítimo orgullo y mostrando una autocomplacencia que, aunque comprensible, se le ha censurado frecuentemente.

Excepcionalmente dotado para la práctica de la elocuencia, su familia lo envía a Roma donde frecuenta a los mejores oradores (Marco Antonio y Licinio Craso) y juristas (Q. Mucio Escévola) de la época. A partir del año 81 comienza a intervenir con éxito como abogado en procesos civiles y penales. En el año 79 interrumpe esta actividad y pasa dos años, del 79 al 77, en Atenas y en Rodas, donde frecuentó las enseñanzas de Milón.

De vuelta a Roma inicia su “cursus honorum” desempeñando el cargo de cuestor en Sicilia, al parecer con eficacia y dejando un buen recuerdo entre los sicilianos. Siguió desempeñando regularmente las magistraturas hasta alcanzar en el año 63 el consulado. Cicerón, un “homo novus”, se convirtió en el máximo valedor de la oligarquía senatorial que lo apoyó. Durante su consulado reprimió duramente el intento de Catilina de hacerse con el poder, lo que le valió el título de “pater patriae”.

El momento más difícil en la vida política de Cicerón comienza con la formación del triunvirato entre César, Pompeyo y Craso. Los triunviros lo condenaron al exilio por algunas decisiones tomadas durante su consulado. Cicerón soportó mal su alejamiento de Roma que duró poco más de un año (de marzo del 58 a agosto del 57). Cuando las inevitables tensiones entre las dos personalidades fuertes del triunvirato, César y Pompeyo, desembocaron en la guerra civil, Cicerón, no sin vacilaciones, tomó partido, como la mayor parte del Senado, por Pompeyo. El triunfo de César, que siempre se portó de forma generosa con él, y su posterior dictadura lo obligaron a dejar la vida pública: desde el triunfo de César en Farsalia (año 49) hasta su asesinato en el 44, Cicerón vive un productivo retiro, dedicado a sus tratados de retórica y filosofía.

La muerte de César lo devuelve a la vida política en un intento inútil de restaurar la República; entendiéndolo que el mayor obstáculo para sus pretensiones era Marco Antonio, dirigió contra éste durísimos ataques que quedaron recogidos en sus últimos discursos, conocidos como *Filípicas*. Cuando se forma el segundo triunvirato, Marco Antonio sitúa en su lista de proscripciones el nombre de Cicerón; fue asesinado por los soldados de Antonio en diciembre del 43, a la edad de 64 años.

La compleja personalidad de Cicerón ha sido valorada de forma desigual, siendo grande el número de sus detractores. Si bien es unánime el reconocimiento de sus innegables y excepcionales dotes de orador y hombre de letras, su valoración como hombre y como político dista mucho de ser tan positiva. Efectivamente, Cicerón se nos muestra como un hombre de extensa cultura y de gran elocuencia, pero al mismo tiempo vanidoso, fanfarrón, indeciso y, en algunas ocasiones, falto de la dignidad que se debe exigir a un hombre de su talla política.

2.2. La obra oratoria de Cicerón.

A) Discursos.

Pueden dividirse en judiciales, pronunciados ante un tribunal como abogado defensor o acusador, y políticos, pronunciados en el Senado o en el Foro.

Entre los primeros destacan:

- *In C. Verrem* (70 a.C.): los sicilianos encargan a Cicerón la acusación de concusión y extorsión contra su exgobernador, Gayo Verres. Las *Verrinas* lanzaron definitivamente a Cicerón hacia la fama.
- *Pro Caelio* (56 a.C.), en defensa de su joven amigo Celio, acusado de querer envenenar a Clodia, hermana de Clodio, mortal enemigo de Cicerón.
- *Pro Milone* (52 a.C.), en defensa de Milón, que había dado muerte a Clodio en un encuentro entre bandas rivales.
- *Pro Archia poeta* (62 a.C.). Toma como pretexto la defensa del poeta griego Arquías, al que se acusaba de usurpación del derecho de ciudadanía, para hacer un elogio entusiasta de las letras en general y de la poesía en particular.

Entre los discursos políticos destacan:

- *Pro lege Manilia* o *De Imperio Cn Pompei* (66 a.C.). Apoya Cicerón la propuesta del tribuno Manilio para que se conceda a Pompeyo el mando supremo de las tropas romanas en la guerra contra Mitrídates.
- *In L. Catilinam* (63 a.C.). Catilina, candidato al consulado, junto con Cicerón, no es elegido, y trama una conjuración para hacerse con el poder, incluyendo en ella el asesinato de Cicerón. Éste pronuncia cuatro discursos en el Senado acusando a Catilina y ordenando ejecutar a sus cómplices. Estos discursos le valieron una gloria apoteósica y le granjearon el apelativo de 'padre de la patria'.
- *In M. Antonium orationes Philippicae* (44-43 a.C.). Discursos contra Marco Antonio, llamados *Filípicas* en homenaje a los discursos del orador griego Demóstenes contra Filipo de Macedonia. Para muchos, estos discursos constituyen sus mejores piezas oratorias.

B) Obras retóricas

Teoría y práctica se funden en Cicerón de manera admirable. Además de los discursos más perfectos, nos ha dejado las mejores obras sobre oratoria, en las que enseña cómo se forma un orador y cómo se compone un discurso. Tres son sus principales obras retóricas:

- *Brutus*, titulada con el nombre de la persona a quien está dedicada. Se trata de una historia de la elocuencia en Roma, desde los orígenes hasta su época, precedida de un pequeño resumen sobre la elocuencia en Grecia.
- *De oratore* y *Orator* tratan de la formación del orador y la técnica del discurso. Cicerón opina que el perfecto orador ha de ser una combinación de tres factores: disposición natural, cultura profunda y conocimientos de la técnica del discurso. El *Orator* se centra más en la *elocutio*: figuras de dicción y de pensamiento, elementos de la expresión, armonía de la frase, ritmo oratorio, etc.

C) LA ORATORIA DESPUÉS DE CICERÓN

Con la caída de la república y el advenimiento del principado desapareció la libertad política, con lo que la oratoria, medio de expresión de las ideas, perdió gran parte de la importancia que había tenido en el período anterior. La atmósfera creada en el siglo I d.C., sobre todo a partir del emperador Tiberio, por el ejercicio del poder personal absoluto, conduce a la represión de toda manifestación libre, que de modo especial afecta a la oratoria política tradicional. Al asumir los emperadores el poder total, la vida política de Roma, que antes se desarrollaba en el foro, desaparece, y con ella la oratoria.

La oratoria cede su puesto a la nueva retórica o arte de la simple declamación, que impera en esta época. El nuevo *orator* es el que practica la *declamatio* en puros ejercicios escolares sobre casos ficticios jurídicos y deliberativos.

El primer autor destacado es **Marco Anneo Seneca**, padre del filósofo Lucio Anneo Séneca. Llegó a Roma muy joven y allí ejerció sus enseñanzas. Destaca su obra *Oratorum et rhetorum sententiae, divisiones, colores*, que divide en dos partes: *Controversiae* y *Suasoriae*. Las *Suasoriae* eran propias de los principiantes y consistían en consultas imaginarias dirigidas a personajes históricos que, en determinadas situaciones, deben tomar una decisión importante; el aspirante a orador componía un discurso con las razones en pro y en contra que debía sopesar el personaje. Las *Controversiae*, colección de 10 libros, pertenecían a un nivel más avanzado y solían tener un contenido jurídico: eran debates de leyes con fórmulas, planes y argumentos para los ejercicios de discusión que se hacían en clase.

Pero el autor más destacado de esta época es **M. Fabio Quintiliano** (35-98 d.C.), nació en Calagurris (Calahorra), pero marchó joven a Roma donde se educó. Abogado de profesión, abre una escuela de retórica en Roma, llegando a obtener con el paso del tiempo la primera cátedra de retórica subvencionada por el estado bajo Vespasiano. Tuvo como discípulos a Tácito, Plinio el Joven y varios miembros de la familia imperial. Su única obra es la llamada *Institutio Oratoria* en doce libros, resultado de las experiencias pedagógicas y psicológicas de los largos años que dedicó a la educación. Es el tratado de retórica más completo de toda la Antigüedad. A través de los doce libros lleva al niño de la mano hasta conducirlo a la madurez, habiéndole enseñado el arte de la retórica, conocimientos filosóficos, jurídicos, históricos y culturales y una educación de carácter moral. Su estilo presenta una clara reacción contra el retoricismo declamatorio de la época y representa una vuelta al clasicismo ciceroniano.

De su discípulo **Plinio El Joven** (62-113 d.C.) sólo nos quedan algunas cartas y el famoso *Panegírico de Trajano*. Aunque admira a Cicerón su estilo adolece de excesivos ornamentos retóricos.

También **Cornelio Frontón**, de origen africano, pronunció discursos en elogio de Adriano y de Antonino Pío.

También **Cornelio Tácito**, en su *Dialogus de oratoribus* (comienzos del siglo II), se preocupa de la decadencia de la oratoria. Alude a las condiciones políticas de falta de libertad, y su postura es de un pesimismo resignado: hay que aceptar el régimen imperial y el consiguiente declive de la elocuencia en aras de una mayor estabilidad y una mayor paz.

Por último nos encontramos con **L. Apuleyo** (125-180? d.C.) que además de su famosa novela el *Asno de Oro*, nos dejó dos obras de carácter apologético declamatorio: *Apología* y *Florida*. La Apología es un discurso pronunciado para defenderse de la acusación de haber obtenido la mano de una rica viuda con artes mágicas.

En los siglos III-IV surgió la colección de *Panegyrici Latini*, doce discursos en honor de diversos emperadores, desde Maximiano Augusto hasta Teodosio.

En el siglo IV vive el último de los grandes oradores latinos paganos: **Aurelio Simmaco**. Pronunció panegíricos de los emperadores Valentiniano y Graciano. Fue el último gran defensor de las tradiciones romanas frente al cristianismo que lo invadía todo.